

José Luis Villacañas

"España es más Estado que Nación, basado en una idea imperial"

Entrevista realizada por Lucía Méndez.
(*El Mundo*, 1 de julio de 2017).

José Luis Villacañas se enfrenta al reto de hablar de Kant o Weber en clase durante horas sin que sus alumnos se aburran. En el estudio de la Filosofía encontró el mismo sentido de la esclavitud y de la resistencia que su padre ponía al arar la tierra. En su pequeño despacho lleno de libros por todas partes, el profesor acaricia las Humanidades "que hacen libre y compleja la vida, y sostienen la creatividad de una sociedad".

¿Cree usted que hay alguna fórmula para desactivar ese movimiento? —Yo creo que a la burguesía catalana sería fácil ofrecerle una solución que respetara el estatuto histórico de Cataluña.

Escribió usted el clásico, 'Historia del poder político en España', ¿en qué capítulo estaríamos ahora? —España está en un momento de incertidumbre y de riesgo porque mientras el problema catalán no esté resuelto, todos los actores tienen que encontrar su lugar y nadie está en condiciones de prever lo que puede pasar. La crisis de representación mantiene incierto el horizonte, y el escenario mundial y europeo no está carente de riesgos. No sólo por la amenaza de Trump, sino porque no estamos seguros de que Alemania haya cambiado de mentalidad. Lo único que podría estabilizar a Europa sería un cambio en la política alemana, inyectando gasto para impulsar la economía y asumiendo los bonos. Mientras esto no suceda, Europa no va a ver su camino despejado y habrá tensión entre el Norte y el Sur.

Si le pregunto qué es España, ¿cuál sería su respuesta? —Sostengo que España es más Estado que Nación. Somos una nación tardía que surge de una sociedad imperial. Muy semejantes a Alemania. La sociedad imperial es productora de heterogeneidades, mientras que la sociedad nacional produce homogeneidad. Es muy difícil hacer una Historia de España desde el punto de vista de la Nación. Es más fácil hacerla desde la composición de diferentes. El estado central con intereses imperiales no genera nación. La única legislación común a todos los reinos, Castilla, Cataluña... fue la Inquisición durante muchos siglos. España ha sido un estado débil incapaz de construir una homogeneidad nacional. Aunque ha sido suficiente Estado como para evitar que las heterogeneidades se vayan, tan fuerte como para llegar a acuerdos con los diferentes o para imponerse. Sólo se fue Portugal.

Ahora hay ciudadanos catalanes que también quieren irse. —En Cataluña existía un nacionalismo histórico y ahora hay otra cosa. Sus élites burguesas estaban vinculadas a este nacionalismo. Pero sus clases populares, la CUP, no están interesadas en saber cuál es la Historia de Cataluña, sino en promover un movimiento revolucionario. El movimiento independentista catalán tiene todas las características de libro del populismo. Se construye desde una dualidad, amigo-enemigo, desde la identidad, con referentes vacíos...

Parte del nacionalismo histórico se ha sumado a ese desafío con un referéndum sobre la independencia sin cobertura legal. —Ese referéndum no será un acto político capaz de producir efectos legales. Alberga elementos ilegítimos. Ni su planteamiento, ni su preparación, ni su realización son legales. Sin embargo, eso no tranquiliza en absoluto. Es un acto político sintomático y requiere una interpretación capaz de entender la decisión y el estado de ánimo de los representantes catalanes defensores de la independencia. Yo lo interpreto así: «si vuestro Estado no nos

respetar como pueblo, estamos dispuestos a llevar a vuestro Estado a actuaciones irreversibles comprometedoras de su futuro». Esto nos da una idea de que estamos ante una situación existencial desesperada.

¿Qué solución? —Cataluña siempre se vio más o menos dentro de España, pero gozando de una capacidad de vicesoberanía. Cada vez que España se ha dado una Constitución, los catalanes ya tenían la suya. Históricamente, sus gobernantes se han considerado vicerreyes de España. Tenían Hacienda propia, capacidad legislativa propia y consulados a lo largo de todo el Mediterráneo. En 1978, Cataluña ya tenía Generalitat antes de la Constitución democrática.

¿Qué tendría que hacer el Estado, a su juicio? —El Estado debe encontrar la manera de diferenciar entre ese nacionalismo secesionista que quiere romper la legalidad y que no es aceptable, y lo que es el reconocimiento de los derechos históricos, que podría satisfacer a las clases medias catalanas para abrir un horizonte de acuerdo. No creo que pueda haber una solución de pacto si no se reconoce la singularidad de Cataluña como pueblo, como vieja nación que no pudo sobrevivir por separado a los poderes estatales.

No parece que la mayoría del Parlamento español esté por la labor de reconocer esos derechos históricos. Ni el PP, ni el PSOE. —No estoy convencido de que el PSOE pudiera generar una oposición de principio a esta solución. Sí que creo que tendría que recibir garantías de que la solución para Cataluña no disminuiría la solidaridad entre las comunidades. En Andalucía, por ejemplo, si no existiera esa solidaridad estaríamos ante una situación de alarma social. El nacionalismo catalán y el poder andaluz estuvieron de acuerdo en garantizar la solidaridad para los ciudadanos andaluces. El eje Madrid-Barcelona-Sevilla es el que ha mantenido España y hoy está roto. La última ruptura del eje Madrid-Sevilla ha sido la derrota de Susana Díaz en las primarias del PSOE. Cataluña es un elemento de contradicción para Pedro Sánchez, ya que si sigue las tesis de los socialistas catalanes, no estará en condiciones de garantizar a la Junta de Andalucía las necesidades de gasto.

¿La España federal que propone el PSOE puede ser una solución? —Difícil. Ese tiempo ya ha pasado. Yo soy federalista, pero tengo la impresión de que el federalismo nos obligaría a alcanzar una definición de lo que es el Estado español, a la que sólo puede llegarse una vez resuelto el problema catalán, que es el que mantiene abierto el horizonte de inestabilidad. Y el modelo catalán se resuelve mejor inspirándose en el modelo vasco que en el federalismo, que es una cosa bastante abstracta. Eso significa que igual es el Gobierno central el que debe disminuir su capacidad de gasto. El Estado sigue funcionando de forma muy centralizada, considerando a las autonomías casi como meros instrumentos administrativos.

Ha estudiado usted el populismo, uno de los conceptos de la época. ¿Podría definirlo? —Hay que diferenciar los populismos en la práctica de los populismos en la teoría. La definición más sencilla sería la irrupción general de la inseguridad, acompañada por el cansancio. Una nueva generación que oye, pero no escucha. El populismo es la manifestación de un estado de ánimo que tiene muchos componentes: aburrimiento, cansancio, hastío, inquietud, angustia, miedo. Aunque algunos teóricos sostienen que todo lo reprimido es emancipador y positivo, y alaban la dimensión subjetiva del fenómeno, yo he dicho que el populismo promete una comunidad de salvación en tiempos en los que no existe salvación. Hay un populismo que irrumpe de sentimientos positivos y alegres; y otro que irrumpe dejando salir el pus de las almas, los elementos más oscuros, más negativos.

¿Y el populismo español de qué tipo es? —En España el populismo irrumpe con Podemos, generando la respuesta a una situación de estrés y pánico, canalizando aspiraciones y demandas por medios democráticos. Por tanto hemos tenido lo que llamaríamos un populismo inevitable y constructivo. Nadie está en condiciones de

saber lo que podría haber pasado si no se hubiera canalizado toda esa energía indignada a través de una construcción política adecuada. Es una prueba de madurez del pueblo español y por eso debemos felicitarnos.

Su último libro se titula 'El lento aprendizaje de Podemos'. ¿Qué opina de la evolución de esta fuerza política? —La hipótesis populista funcionó muy bien mientras Iglesias y Errejón lo lideraron. El teórico más profundo del populismo era Errejón, pero entendió que la hegemonía perseguida no podía consistir en una sustitución de élites, sino en un pacto. De los nuevos representantes con los antiguos. Vincular a las clases medias y populares. En Vistalegre 2 ese diagnóstico cambia. La estrategia fundamental de Iglesias está menos adaptada a lo que son las sociedades europeas y es más fiel al movimiento populista latinoamericano. Cree que el liderazgo debe partir de las clases plebeyas. Es un error porque las clases medias pueden sentirse atacadas.

Según los estudios demoscópicos, una gran parte de los votantes de Podemos no están en las clases populares. —Muchos españoles de clase acomodada les han votado por conciencia política y social. Para Podemos ese escoramiento de Iglesias puede ser letal, porque va a significar la identificación del partido con el imaginario de la izquierda Unida convencional.

¿La crisis interna de Podemos se debe a que no llegó a un entendimiento con el PSOE para gobernar? —La causa fundamental de los problemas internos de Podemos y del PSOE fue la imposibilidad de usar la expresión de voto popular del 20-D de manera constructiva. El electorado no quiere repetir elecciones. Expresa su voluntad en las urnas y les dice a los partidos: «Utiliza bien ese capital que te he dado para producir algo constructivo». PSOE y Podemos no produjeron nada y por eso fueron penalizados.

¿Por qué no produjeron nada? —Fue un fallo de cálculo. Después del 20-D se podía haber roto el poder de Rajoy, pero ese momento sobrepasó psíquicamente a mucha gente, y tanto el PSOE como Podemos se retiraron de ahí.

¿Por qué el bipartidismo ha colapsado por el lado del PSOE y no del PP? —Por una cuestión de azar. La crisis le pilló a Zapatero. Si le hubiera pillado a Rajoy, los socialistas gobernarían con mayoría absoluta. Muchas veces he dicho que de los dos grandes partidos se podía salvar uno, pero no los dos. Y eso es contraintuitivo, porque el PSOE era más solvente que el PP como partido desde el punto de vista de estructura y cuadros. El PP es una formación más de poder. No se va a romper mientras tenga el poder, y en su conservación, Rajoy ha demostrado ser un maestro.

A pesar de la corrupción. —Creo que la corrupción ha dado de sí todo lo que podía dar electoralmente hablando. Los jueces cumplirán con su obligación, pero no le van a dar el trabajo hecho a los partidos. La persecución de los delitos de corrupción no se va a traducir en votos para ningún partido, si no se hace trabajo político.

¿El sistema político del 1978 está en crisis profunda? —No se aprecia una gran separación emocional del régimen democrático, a pesar del «no nos representan». No estamos ante una crisis del sistema, sino ante una crisis de representación.

Una crisis que afecta sobre todo a la socialdemocracia, a pesar del malestar por el funcionamiento del capitalismo y el orden liberal. —La izquierda convencional ha gestionado las realidades que han hecho crisis. Veo que la gente no está dispuesta a entregar elementos fundamentales de la comprensión liberal del mundo, que incluyen la libertad individual y, en esta época, los avances de las nuevas tecnologías. No hay una mentalidad colectivista ni homogeneizadora. La hostilidad se dirige contra el capitalismo financiero, no contra el capitalismo en sí. Se sigue apreciando el capitalismo productivo como una forma de vida social que no dejaba en desamparo a las personas. Como ahora.

Hay una brecha generacional muy marcada en las preferencias políticas. Supongo que lo detecta en sus clases de la universidad. —No por casualidad los nuevos políticos han salido de la universidad. Es el único lugar en el que se podía hacer política durante la hegemonía del bipartidismo. En la universidad vive el entusiasmo de la juventud. La señal de que los partidos tradicionales están en declive es que nadie en mi facultad se atreve a decir: yo soy del PSOE, o yo soy del PP. Falta inteligencia en estos partidos. No quieren escuchar cosas que no hayan pensado ellos. Muchos cargos públicos me han confesado que sus jefes no permiten la crítica. En este sentido, un líder como Iglesias se equivocará en la estrategia, pero ningún otro sería capaz de estar hablando hora y media de Historia de España. No hay ningún partido que tenga la capacidad intelectual de los dirigentes de Podemos. Por eso era tan importante abrirse, y no cerrarse.